

Este documento es una conferencia del I Encuentro Nacional de Investigación Pedagógica SENA realizado en Cartagena, 16 al 18 de octubre de 2019, organizado por la Escuela Nacional de Instructores Rodolfo Martínez Tono.

Sobre el saber pedagógico como saber artesano

About pedagogical knowledge as artisan knowledge / Sobre o conhecimento pedagógico como conhecimento artesanal

Alejandro Álvarez Gallego¹

RESUMEN: De alguna manera la historia de la enseñanza es la historia de la lucha por la autonomía de los maestros, desde los primeros clérigos que se independizaron de la Iglesia, hasta los más contemporáneos movimientos pedagógicos. Pero está claro que dichas luchas siempre han sido colectivas, no individuales. Una revalorización del trabajo manual y del aporte que entrega a la sociedad la capacidad de creación en los procesos productivos, es propicia para reivindicar el saber enseñar. Saber enseñar es también un saber hacer. En este artículo se abordan las cualidades del proceso, con base en la noción de que el saber tiene carácter ético y político, implica un saber hacer, alcanza a todos los seres humanos y es eminentemente práctico. **Palabras clave:** saber hacer, enseñanza, trabajo artesanal. **ABSTRACT:** In some way, the history of teaching is the history of the struggle for the autonomy of teachers, from the first clerics who became independent from the Church, to the most contemporary pedagogical movements. However, it is clear that these struggles have always been collective, not individual. A revaluation of the manual work and the contribution that gives the society the capacity of creation in the productive processes, is propitious to claim the know how to teach. Knowing how to teach is also a know-how. This article addresses the qualities of the process, based on the notion that knowledge has ethical and political character, implies a know-how, reaches all human beings and is eminently practical. **Keywords:** know-how, teaching, craft work. **RESUMO:** De certa forma, a história do ensino é a história da luta pela autonomia dos professores, desde os primeiros clérigos que se tornaram independentes da Igreja até os movimentos pedagógicos mais contemporâneos. Mas é claro que essas lutas sempre foram coletivas, não individuais. Uma reavaliação do trabalho manual e a contribuição que dá à sociedade a capacidade de criação nos processos produtivos é propícia para reivindicar o saber ensinar. Saber ensinar também é um know-how. Este artigo aborda as qualidades do processo, baseado na noção de que o conhecimento tem caráter ético e político, implica saber-fazer, atinge todos os seres humanos e é eminentemente prático. **Palavras-chave:** know-how, ensino, trabalho artesanal.

Fecha de recepción: 1 de octubre de 2018 / Fecha de aprobación: 16 de noviembre de 2018





Centro Agroempresarial y Minero, Cartagena, Bolívar. Foto: Raúl Ramos

Primero debo reconocer el valor inmenso de una iniciativa como esta, de convocar a los instructores del SENA a reflexionar sobre su práctica pedagógica y a construir alternativas para mejorarla a partir de sólidas conceptualizaciones, que les lleve a potenciar el muy valioso trabajo que ha hecho el SENA a lo largo de tantas décadas. Estas reflexiones que quiero compartir buscan aportar al saber que los instructores del SENA han acumulado durante tantos años. Lo que entiendo que se pretende es profundizar en ese saber, sistematizarlo, hacerlo visible y aportar desde allí a las políticas que orientan la institución y, por supuesto, al campo intelectual y pedagógico en Colombia.

¿Qué sabe el SENA sobre pedagogía? ¿Cuál es el aporte que hace el SENA al campo de la pedagogía? ¿Qué hay de pedagogía en los procesos de enseñanza-aprendizaje cuando se refieren a prácticas ricas y variadas no escolarizadas o semiescolarizadas en procesos de formación para el trabajo de jóvenes y adultos? Responder estas preguntas y ponerlas en discusión con otros educadores y ojalá en el escenario político donde se decide la educación, es uno de los propósitos de este encuentro, según entiendo.

Por supuesto que no es la primera vez que se hacen estas preguntas, y son muchos, seguramente, los aportes que a lo largo de sus más de 60 años se han hecho. Pero hay que seguir haciéndola permanentemente. Las reflexiones que a continuación quiero compartir surgen de una lectura que me resultó muy inspiradora para profundizar en esta pregunta, y es el monumental trabajo de Richard Sennet (2013), sobre el trabajo artesano. He hecho una apropiación de su libro para aproximarnos a la pregunta por el carácter del saber pedagógico que se produce en la formación para el trabajo. Para ello he organizado este escrito en 5 ítems, así:

1. ¿Qué sabe un trabajador?
2. Los tiempos del trabajo artesano
3. El trabajo como formación y la formación como trabajo
4. ¿Qué tipo de saber es el de los maestros?
5. A manera de cierre: ¿Cómo se construye el saber pedagógico?

1. ¿Qué sabe un trabajador?

Todo trabajador sabe algo cuando hace. ¿Cuál es ese saber? ¿En qué consiste? ¿Cuáles características tiene? ¿Cuál es su valor? ¿Son los maestros o quienes enseñan en general a otros algo, también trabajadores? ¿Su saber es de la misma naturaleza?

Aunque todos los seres humanos somos productores (*homo faber*) la obra física suele tener un atractivo especial; es como si desde que los humanos somos humanos, quedamos atrapados en la carrera

por inventar infinitamente nuevas técnicas para transformar el mundo, como una pulsión por crear lo nuevo. Pero no siempre somos conscientes de quién y cómo se disponen las cosas para hacerlas de cierta manera. Lo que sí sabemos es que no todo proviene del ingenio de un individuo; dependemos de las condiciones históricas en las que se va decidiendo qué y para qué se hacen las cosas. Esto quiere decir que quienes trabajan con las manos o quienes tienen un oficio realizan una actividad que está orientada por la política, aunque no siempre los trabajadores suelen darse cuenta de esta relación.

Para poder dar cuenta de ello no se necesita un mayor esfuerzo intelectual. Basta una actitud ética que le permita al operario preguntarse sobre el destino de su obra. Aunque no tenga plena comprensión de la compleja trama de relaciones que envuelven su trabajo, por lo menos puede darse cuenta de que no es un quehacer neutro y que, en todo caso, tiene una finalidad. Muchas personas, más de las que uno quisiera, no han asumido tal postura ética: esos son los llamados burócratas, o funcionarios; en sentido estricto, son la parte “mecánica” de la masa trabajadora; su trabajo sería asimilable al de los animales, para quienes la rutina es hábito constitutivo de su naturaleza. Con todo, en el trabajo humano siempre hay pensamiento y creación, aunque no haya esa voluntad ética. Esto es lo primero que queremos señalar.

En la historia de la humanidad la creación técnica ha sido una constante y ya muchos autores nos han mostrado cómo se ha ido acelerando vertiginosamente el ritmo de su producción, hasta llegar a la velocidad que hoy vivimos. Es tal la pulsión de los humanos por crear nuevas tecnologías que muchas veces estas se producen y luego se decide que hacer con ellas. En esa carrera loca se han cometido muchos errores; el ejemplo más terrorífico es la bomba atómica. Tal riesgo ha llevado a muchas personas a renunciar a dicha pulsión y a promover modos de vida más cercanos a la naturaleza, en la que solamente se produzca lo que demandan las necesidades básicas. Siempre ha existido ese miedo. Dados los horrores que la guerra y todas las formas de dominación han causado, gracias siempre a dispositivos técnicos, esa tendencia no es tan descabellada; la humanidad tendría que ser más humilde, en todo caso, pues su ingenio en ocasiones le hizo arrogante y la arrogancia ha causado y está causando grandes tragedias (el cambio climático puede ser la peor de todas).

Pero tal vez el dilema no sea ese. No se trataría de suspender la producción de nuevas tecnologías, tal vez de lo que se trata es más bien de respetar las cosas mismas y, sobre todo, respetar más los criterios de quienes las fabrican y no dejar que otros decidan

sobre ellos. Cuidar el trabajo, al trabajador y el proceso, pero sobre todo entrar en contacto profundo con las cosas, es una postura que tal vez nos evitaría tantas tragedias.

Ahora bien, querer hacer bien nuestro trabajo, ya es en sí una postura ética de gran valor, que puede llevar a preguntarse para qué sirve lo que se hace. Para quienes el trabajo no es un fin en sí mismo, las finalidades cuentan. Simplificando mucho el problema, podemos decir que hay dos clases de personas: quienes trabajan para una vida en común y quienes trabajan para intereses individuales. No dividimos las personas entre quienes piensan y quienes hacen, o entre quienes deciden y quienes operan las decisiones de otros; vamos a proponer más bien que independientemente del grado de responsabilidad que se tenga en la toma de decisiones sobre el para qué y el cómo de las cosas, todas las personas incorporamos el pensamiento, la estética, el juicio y la moral en el trabajo productivo, sea cual sea. El cómo se hacen las cosas y el para qué no son asuntos absolutamente separados. Esta postura reivindica sobre todo a los trabajadores manuales, a los empleados y a los operarios de procesos físicos u organizacionales que exigen saber para qué sirve su trabajo, pues plantea que en el proceso mismo las personas establecen un diálogo con las cosas que operan. No solo conversan con sus pares o sus superiores, sino con las cualidades y las características de lo que operan. Allí hay un sentir que deviene pensamiento, y el pensamiento contiene lo que se aprende de las cosas mismas. Las cosas, paradójicamente nos hacen también humanos, no solo lo que nosotros decidimos sobre ellas.

Tal vez el saber que estamos interrogando es el que se constituye en el trayecto que va desde la pregunta: cómo hacerlo hasta la solución probada en la práctica. En ese tránsito, cuando ya se puede mecanizar un proceso, es donde habita el saber de los trabajadores. El saber pedagógico, el saber hacer de los instructores y los maestros en general, sería de la misma naturaleza. También podría pensarse en el saber hacer de los militares o los sacerdotes.

Más allá de lo que un sistema educativo disponga, o una política de guerra o una religión, acá nos interesa ver el oficio de hacer bien las cosas, cuando de crear se trata, esto es, de hacerlas con un sentido. En el arte de producirse a sí mismos como en el arte de enseñar, es posible ver qué es lo que significa hacer las cosas bien sólo por hacerlas bien, allí está el saber, en la manera como se dispone el ritual que logra su objetivo, independientemente de las fuerzas que lo posean.

2. Los tiempos del trabajo artesano

Los aprendices clásicos de los talleres artesanales necesitaban mucho tiempo al lado de un maestro si querían estar habilitados para trabajar solos. Y lo que básicamente debían aprender era a hacer, en griego *poiéin*, de donde deriva el término poesía; y la *poiéin*, el saber hacer, como la poesía, tenía como destino la *areté*, esto es, la excelencia. Por eso el artesano, como el poeta o el maestro, no cesan de renovarse en búsqueda de la calidad de sus productos, son ajenos a la rutina.

Por supuesto que hay ejercicios repetitivos, y de alguna manera mecanizados, pero en ellos hay pensamiento, sentimientos, emociones, como ya lo dijimos, que llevan a revisar y volver sobre lo que se hace, y sobre todo, hay una relación donde lo que se hace tiene una dependencia bilateral; entonces, en tales ejercicios repetitivos va surgiendo algo que de un momento a otro puede hacer cambiar radicalmente las técnicas y las prácticas del pasado; así, la artesanía, no solo es única por antonomasia, sino que puede renovarse sin problema, he ahí la maestría. El sello de calidad que más vale en realidad, es el que refleja, detrás de este trabajo, una maestría única, y la maestría, como dice el adagio popular, no se improvisa.

Por eso las transformaciones que le son propias a este modo de hacer las cosas, son lentas, tienden a perdurar en el tiempo. Los cambios en los sistemas de producción artesanal no se producen al ritmo de las políticas que controlan la producción mecanizada; en general, en esta última basta adoptar una nueva tecnología, una nueva disposición en el modo de operar y se puede producir el cambio en serie. Por eso las revoluciones tecnológicas tienen tanto impacto. No así en el trabajo artesanal. En los oficios que se comportan a la manera de los artesanos, como la enseñanza en este caso, no se interiorizan los cambios tan rápidamente dada la complejidad de los procesos inmersos. Los políticos que creen que las reformas promulgadas pueden cambiar de inmediato las prácticas, reniegan de los que operan dichos sistemas porque los consideran resistentes al cambio, pero no entienden que allí la tradición es fundamental y cambia, sí, pero en la medida en que se va socializando y probando, en la práctica misma, la conveniencia de esos cambios. Con el sistema educativo se suele ser más críticos, más duros y más exigentes cuando de hacerlo cambiar se trata, desconociendo que la sabiduría del sistema, el valor del saber que hay implícito, está en su prudencia para adoptar los cambios. Con el sistema médico, por ejemplo, se suele ser más respetuosos, porque se les concede más autonomía y se confía más en la idoneidad de los médicos que en la de los maestros.

Ellos, los médicos, operan más como una comunidad, donde cada innovación tiene que probarse, y una vez confirmada, poco a poco se va incorporando a las rutinas.

La velocidad que pregona la sociedad del cambio no es compatible, en muchos sentidos, con las lógicas del trabajo artesanal. Mecanizar una técnica lleva años y hay una inercia que la lleva a perpetuarse, pues está probada. En el otro extremo de la experiencia artesanal está el saber reflexivo, siempre implícito, que es más propenso a renovarse. De dicha tensión van surgiendo las modificaciones. Sus tiempos son otros, distintos al de las políticas y al de las tecnologías. Una tecnología nueva puede llegar al sistema artesanal, pero esta será cooptada y usada a la manera de lo que la experiencia va indicando.

Los teléfonos celulares, las tablets, así como el video beam, la Internet misma, han sido incorporados en la enseñanza, claro, pero allí tienden a usarse como cuadernos, o como las pizarras con tiza. En otro trabajo había mostrado lo mismo para el cine, la radio y la televisión (Álvarez, 2005); allí señalaba cómo se creía que estos dispositivos de comunicación iban a acabar con la escuela, sin embargo, llegaron y pasaron de largo; con los medios de comunicación se han cambiado, y de qué manera, muchas otras prácticas sociales, pero la enseñanza sigue en parte siendo la misma. Podríamos estar de acuerdo o no con la resistencia a los cambios que los maestros por lo general mantienen, pero aun así, la escuela sigue cumpliendo un papel social determinante, si no, la sabiduría popular la hubiera eliminado y las personas habrían dejado de enviar los hijos a estudiar. Así como costó siglos hacerla necesaria, su desaparición tomará otros tantos.

Los tiempos del artesanado son lentos, pues son los tiempos de las culturas. Y no sabemos en qué tiempo las revoluciones recientes en las tecnologías de la comunicación vayan a producir los cambios que la ciencia ficción anuncia; en todo caso, en esas sociedades imaginadas por *Matrix* o por la saga de *Star Wars*, el saber artesanal, como el saber ancestral, permanecen; es más allá los héroes representan la idea de humanidad que habría sido avasallada por las máquinas.

3. El trabajo como formación y la formación como trabajo

En general quienes han reflexionado sobre el trabajo artesanal en Occidente, desde Platón, pasando por Marx, Heidegger hasta Sennet, quien nos inspira en este trabajo, coinciden en considerarlo un quehacer formativo en sí mismo, por dos razones fundamentales: por cuanto supone el intercambio pleno de todo lo que constituyen las partes que entran



Centro para la Industria de la Comunicación Gráfica, Bogotá, Distrito Capital. Foto Evajuliana Orozco

en relación, y por el bien común que se procura en el intercambio, pues supone el cuidado y el respeto. Estas dos cualidades del trabajo artesanal se diferencian de lo que sucede en el trabajo mecanizado, pues en este la calidad está estandarizada de acuerdo con patrones que se deciden desde lugares alejados del proceso que realizan los trabajadores.

Sennet pone dos ejemplos de procesos productivos contemporáneos: Linux, el *software* libre, donde el trabajo compartido hace que se garantice un mejor rendimiento adecuado a lo que los usuarios quieren, y las empresas japonesas de la posguerra, que decidieron darle a los trabajadores un papel protagonista en el proceso productivo, al decidir colectivamente, en medio de la conversación, lo que más convenía, y porque podían hablar con la verdad frente al poder de quienes les contrataban. Quienes apuestan en cambio por la competencia, como estímulo para aumentar la productividad, y sobre todo la calidad de los productos, a juicio de muchos, hoy no están resolviendo exitosamente los dilemas del trabajo productivo.

En el campo educativo esta discusión está en plena tensión; así, quienes definen la escuela o los espacios formativos como una empresa, lo hacen pensando que allí la competitividad es la que garantizaría el buen desempeño del proceso; la competitividad se estimula premiando a los que obtengan mejores resultados, según criterios estandarizados de calidad, con lo cual se promueve la privatización del saber; esto se ve reflejado en muchas de las políticas que hoy nos rigen, como las evaluaciones censales del aprendizaje, los premios al maestro de excelencia, los programas como Ser Pilo Paga, entre otros. Quienes creemos en el trabajo compartido y la apropiación del saber, motivados por el cuidado y el respeto por el otro y por el bien común, fomentamos el intercambio de saberes, y consideramos que esto producirá mejores resultados para la humanidad a largo plazo (Álvarez, 2013). Sería en este segundo caso donde el trabajo artesanal, como lo venimos definiendo, se constituye en un trabajo formativo por excelencia; y es formativo cuando se garantiza la cualificación permanente del proceso, es decir, su sostenibilidad.

En la cultura empresarial contemporánea se suele estimular a los trabajadores para hacerlos más competitivos, haciendo visibles a quienes se destacan o consiguen mejores resultados; de allí la lógica de los premios y los concursos que han derivado en los *realitys*. Cuando la competencia genera apropiación del conocimiento, en la lógica de las recompensas, el proceso no necesariamente se enriquece, más bien tiende a degradarse, pues se interrumpe el flujo del saber, el beneficio común, el flujo formativo. En el segundo caso, el saber compartido, suele ser anónimo,

y no busca visibilizar al mejor, salvo para reconocer el esfuerzo colectivo.

Otra diferencia importante entre el trabajo entendido como proceso artesanal y el trabajo como competencia a partir de estándares preestablecidos, es, además del trabajo compartido, la jerarquía en las relaciones de saber que existen en el taller. De hecho, entre los artesanos había tres niveles: el aprendiz, el oficial y el maestro. Para llegar a ser maestro, el aprendiz necesitaba muchos años de práctica en el taller, a las órdenes del oficial, y este del maestro; en muchos casos vivía en su casa y estaba bajo la tutela absoluta como padre sustituto; la obligación del maestro era heredarle todas sus habilidades y esto quedaba establecido en un contrato. El aprendiz vivía una experiencia que lo distanciaba de su familia y del afecto de sus padres, condición para poder concentrarse y adquirir las destrezas propias de un oficio que lo haría adulto. La experiencia era intensa, pues adquirir el hábito de trabajar con amor por el oficio, aprender a conocer los materiales y sus técnicas para transformarlos, no era un asunto mecánico, en realidad era un *ethos* lo que se transmitía en el taller, una vocación, una pasión que le acompañaría toda la vida.

El ascenso a otra categoría se lograba mostrando lo que se conocía como *Obra Maestra*; quien gobernaba la casa era, sin duda, el maestro. El gremio regulaba el oficio, certificaba quién era maestro y quién no. Cuando alguna persona impostaba ser artesano, recibía severas sanciones por parte de las autoridades del gremio específico; cualquier innovación, las técnicas que mejoraban una práctica, era verificada solo por maestros con sus propias manos. La historia de los maestros de escuela está emparentada con esta práctica; durante mucho

tiempo, antes de que el Estado moderno controlara la enseñanza, esta dependía de la oferta que hacían maestros que deambulaban ofreciendo sus servicios, lo cual les llevó a crear sus propios gremios, para regular mínimamente el oficio, y evitar el desprestigio que causaban personas deshonestas, no letradas, quienes lo ejercían y recibían dinero sin serlo. En parte, esto creó la necesidad de que el Estado entrara a regularla (Martínez, 1984).

En esta tradición, la autoridad del maestro no se discute, el aprendiz le debe respeto, como condición para que se efectúe la enseñanza. Contrario a lo que en el siglo XX se comenzó a decir sobre la autonomía del niño para aprender y la necesidad de que el maestro se pliegue a sus intereses, sus deseos y su voluntad, en esta otra concepción el maestro, como poseedor del saber, infunde respeto, cuando domina su arte, claro. La historia de cómo se invirtió este valor, y cómo llegamos a creer que es buen maestro quien se hace a un lado para que el aprendiz lo haga por sí solo es larga y penosa, como lo narran los trabajos del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica².

En la empresa moderna para ser competitivo el trabajador despliega las llamadas *habilidades para aprender a aprender*. En esta lógica es más competente, más competitivo quien aprende por su cuenta; se trata del *autoaprendizaje*, un giro trascendental en la lógica de la formación; ahora el individuo aprende por sí mismo. En recientes trabajos del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica (GHPP) se ha mostrado lo que significa esto para la idea de educación y lo que representa en términos históricos para los procesos de subjetivación contemporáneos. Siguiendo los trabajos de Michel Foucault, el GHPP muestra cómo las técnicas de autoayuda, las

formas de gubernamentalidad neoliberal y las lógicas económicas del emprendimiento, están basadas en la idea del autoaprendizaje, como tecnología que transforma radicalmente las formas de subjetivación hasta ahora conocidas. Igualmente advierten sobre los riesgos de estas tendencias, toda vez que se agudizarían las formas de individuación que abrió el liberalismo, exponiéndonos a lo que otros autores llaman el terror, el vacío y la incertidumbre.

En otra dirección se mueven quienes promueven la idea, un poco a contracorriente, como se ha venido sustentando, de relegitimar la autoridad que tiene el maestro a partir de un saber que le permite exigir del discípulo obediencia. Este es un esfuerzo por devolverle a los maestros el carácter de trabajadores cuya tarea es formar, antes que otra cosa. Por eso no se pueden hacer a un lado y limitarse a que el aprendiz aprenda por sí mismo. Esto supone disponer el tiempo con la lentitud que requiere aprender-haciendo, según las pautas que el maestro, autorizado por su conocimiento, va estableciendo. Pero la otra condición para que esto sea posible es la confianza en el maestro y en su saber, probado en la práctica, es decir, que ejerza su oficio con un alto grado de autonomía; el maestro artesano no puede depender de otro para formar al aprendiz, pues es quien ha recorrido un camino que lo autoriza. De alguna manera la historia de la enseñanza es la historia de la lucha por la autonomía de los maestros, desde los primeros clérigos que se independizaron de la Iglesia, hasta los más contemporáneos movimientos pedagógicos. Pero está claro que dichas luchas siempre han sido colectivas, no individuales.

La historia de la artesanía está emparentada también

con la historia de los gremios. Los artesanos de la Edad Media europea sobrevivieron en gremios que defendieron sus oficios en colectivos de saber que les permitía ocupar un lugar en la sociedad, en la vida política y en el mercado mismo. Su supervivencia dependía de sí mismos, en muchos sentidos, pero especialmente en la conservación de unos oficios, cuyas claves se transmitían de generación en generación mediante la enseñanza práctica. Este modo de trabajo colectivo les ha distinguido de los artistas, quienes sí trabajan en solitario y sus técnicas son únicas e intransferibles; ellos son creadores de su propia existencia, de su propia técnica, de su propia obra. Los artesanos. En cambio, son más generosos; aunque también imprimen a la obra su toque original, poseen un saber compartido que se hereda, se promueve y se propaga, por supuesto siempre y cuando se respeten sus códigos éticos y técnicos que vigilan con celo. Tal vez es la misma diferencia que hay entre el científico y el maestro.

El taller mismo, como las instituciones educativas, son un espacio de socialización importante, las rutinas que le son propias crean vínculos y solidaridades para, desde allí, enfrentar los desafíos de la sociedad, desde los políticos, pasando por los económicos, hasta los éticos y los culturales. El taller en sí es un espacio de referencia importante que la sociedad respeta por lo que sus trabajadores, maestros y aprendices, hacen allí. Es un espacio donde se pueden aislar y haciendo uso de la autonomía que se les confiere, en virtud de su saber, establecen códigos con los que interpelan a la sociedad. Algo parecido acontece aún con la escuela; allí los niños, los jóvenes y los maestros comparten implícitamente una complicidad

tal que los blindan de las presiones que la sociedad ejerce sobre los individuos en muchos aspectos. La escuela es, en muchos sentidos, un refugio, una especie de trinchera que les protege de las vicisitudes del afuera. Los maestros, como los artesanos, los niños como los aprendices, saben lo difícil que es el proceso de enseñar y aprender, cuánto se necesita para que un saber pueda ser apropiado, interiorizado, replicado o recreado. Y todo ello toma tiempo, mucha dedicación del maestro a los más mínimos detalles y mucha atención del estudiante. Por eso la necesidad de la autonomía, y por eso la necesidad de aislarse, temporalmente de los avatares del mundo; por eso tiene sus propios ritmos, su espacialidad y su temporalidad.

4. ¿Qué tipo de saber es el de los maestros?

Esta revalorización del trabajo manual y del aporte que entrega a la sociedad la capacidad de creación en los procesos productivos, es propicia para reivindicar el saber enseñar. Saber enseñar es también un saber hacer. Tal como en el caso del trabajo manual, hay allí un saber que debemos caracterizar muy bien. ¿Qué tipo de saber es? ¿y cómo darle un estatus en el ámbito intelectual, pero, sobre todo, en el ámbito social? Los primeros que debemos reconocerlo como un valor importante, son los maestros, los instructores, todos quienes nos ocupamos de ello como oficio. Por eso es importante investigar acerca de lo que hacemos. A continuación, sugerimos cuatro pistas que han de desarrollarse en múltiples trabajos, ojalá de largo aliento.

El saber es ético y político

En prácticamente todos los métodos didácticos el mostrar, el dejar ver, el ilustrar, así como el hacer, aprender haciendo,

practicar, ejercitar, siempre es importante. Esto está en el corazón de la didáctica. Allí hay una sabiduría que podemos leer como saber. Lograr que otros accedan a un nuevo conocimiento, a una nueva experiencia, o desarrollen una nueva habilidad, es el arte de enseñar. Hay que saber hacerlo. Se requiere un saber. Este saber se está redescubriendo en la cultura occidental (también en el capitalismo tardío), y se está conectando con lo que la sabiduría de pueblos ancestrales nos ha enseñado siempre: el valor de la práctica, y la importancia de mostrar. Mostrar es diferente a querer que el otro haga exactamente lo que yo hago o lo que yo quiera que haga, mostrar es hacer bien algo y permitir que el otro haga bien lo suyo. Hacer que el otro sea.

Masschelein y Simonds (2014) lo plantean cuando insisten en que la escuela es un lugar privilegiado para encontrarse con lo desconocido y con aquello que no tiene una utilidad inmediata. Es el lugar para tomar lo que los maestros ponen a disposición; muestran, porque lo consideran valioso por sí mismo. Hay una gratuidad en el gesto de poner a disposición lo que se considera valioso, es un gesto profundamente igualitario, democratizador, pues vuelve común lo que alguien posee. El acto de enseñar, dicen ellos, es el acto de mostrar y poner a disposición de los aprendices, más allá de sus cualidades o capacidades individuales, más allá de las diferencias entre ellos, poner en igualdad de condiciones lo que se sabe, volverlo público, para que sea apropiado libremente. Si es así, se puede aprender o no, se puede errar, se puede fracasar en el intento de hacer algo, pero esto no trae una sanción que afecte la existencia, como en la vida misma (a no ser en los casos de deserción o expulsión, por

razones del llamado rendimiento académico); el fracaso cuando se está en un proceso formativo es aleccionador, se aprende de él. Pedagógicamente hablando el fracaso forma, temple el espíritu, lleva a hacer un nuevo esfuerzo, a ser mejor; en ese sentido es inherente al aprendizaje. Si es así, podemos decir que el estudiante se encuentra allí protegido, seguro. Es esta la manera como el saber pedagógico adquiere un valor ético y político a la vez, pues al tiempo que se promueve la igualdad, esto es, se democratiza la vida, se le garantiza su seguridad, se protege allí su vida.

El saber sobre lo que se hace

La creación de un espacio como la escuela, o cualquier institución educativa que separa un tiempo de la vida productiva, religiosa o familiar para dedicarse a aprender, es un acontecimiento histórico. Esto sucedió en el mundo occidental hacia mediados del siglo XVII, cuando comenzó a expandirse la escuela pública, promovida desde el Estado. Esto significó la creación del oficio de enseñar. Se creó un nuevo oficio, un nuevo sujeto público.

La separación de la enseñanza de esos espacios, incluso del taller del artesano, significó que se justificó la necesidad de un tiempo socialmente muy importante para aprender. La función de los padres o de la familia, como la de los pastores o la máquina (como ya se mencionó), es llevar al individuo a que sea como su modelo. Pero el maestro tiene otra función, debe procurar que el individuo sea alguien diferente al modelo de referencia, que sea él mismo; encontrar el propio camino, crear. Y esto supuso un nuevo momento, un nuevo arte, unos nuevos tiempos. Aprender de otra manera a la vida misma, en otro lugar diferente a los espacios naturales

donde la vida o la producción económica transcurren, supuso especializar a quienes se habrían de encargar de garantizar que eso sucediera. En todas las culturas esto siempre ha sucedido, aunque las instituciones que se crean para ello sean diferentes. Lo cierto es que quienes se dedicaron a cumplir esa función social tan importante debieron formarse también para ello. Y allí se creó un nuevo saber: el saber enseñar debía ser enseñado. Había que saber sobre lo que se hacía. La pedagogía es ese saber.

El saber es a escala humana

La diferencia entre la producción industrial y el trabajo artesanal consiste, entre otras cosas, en el cuidado, la delicadeza y el respeto que se tiene con los objetos o la materia que se transforma. Los debates actuales sobre la sostenibilidad del medio ambiente, y la búsqueda de alternativas para poder seguir viviendo en el planeta sin terminar de destruirlo, han introducido el tema ético del cuidado. De allí podríamos derivar conclusiones comunes con el oficio de enseñar. Cuando se propone estandarizar este proceso, nos alejamos de las circunstancias singulares en que acontece y generalizamos las estrategias a seguir de manera que pueda garantizarse la eficiencia en el cumplimiento de ciertas metas.

En pedagogía esto no es nuevo, la metodología llamada de enseñanza mutua, que seguía la escuela lancasteriana, por ejemplo, funcionaba así, y se inventó en el siglo XIX para masificar la escolarización y disciplinar eficazmente los cuerpos y las mentes de los niños de las clases populares. Guardando las diferencias, eso mismo propuso la tecnología educativa y el diseño instruccional de los años sesenta, cuando se instrumentalizó el proceso y

se crearon las guías que cada maestro debía seguir paso a paso. En la educación para el trabajo, esto fue también incorporado, siguiendo el modelo taylorista de la producción industrial. Otras corrientes pedagógicas planteaban lo contrario; señalaban que el encuentro maestro-estudiante era un acto mediado por el lenguaje y como tal estaba regido por el azar y la contingencia de las relaciones humanas. Por esa razón el maestro, o el instructor, siempre debía estar atento a resolver, de la mejor manera, los dilemas propios de esas relaciones, en función, claro está, de los fines educativos propuestos.

El ejemplo del artesano, que Richard Sennet nos trae, es muy pertinente, porque nos muestra cómo allí es donde el saber del artesano se produce, el saber que, aunque parte de principios generales comunes, debe producir formas concretas de resolver problemas, según las circunstancias en que se presente, referidas al entorno, a los medios, a los instrumentos, pero sobre todo referidas a la materia disponible; en el caso del encuentro pedagógico la materia es mucho más compleja, pues se trata de la insondable vida humana. Por más que la Psicología, la Antropología, o la Economía hayan pretendido explicarla, en ella siempre habrá un margen grande de incertidumbre que la sabiduría del artesano, o del maestro, en nuestro caso, habrá de enfrentar. Insistir en la pedagogía como un saber a escala humana, puede ser equiparable a las propuestas de los ecologistas que abogan por un modo de producción respetuoso con la naturaleza, a riesgo de poner en alerta la sostenibilidad, no del planeta, sino de la especie.

El saber es práctico

Esto es lo que hemos estado refiriendo al asociarlo con el

saber de los artesanos. El saber del maestro es un saber práctico que surge de la atención cuidadosa y abierta a la sorpresa, con la que se realiza el proceso de enseñanza. Una característica del saber artesanal, es que no pretende establecer leyes mecánicas o universales para el saber hacer, sino que está siempre atento a la novedad, propia del encuentro casual y singular que se produce con cada trozo de materia; es decir, está abierto a lo contingente, y esto supone una capacidad de sorprenderse en cada obra.

Aunque aparentemente hay una rutina preestablecida, en el trabajo artesanal esa rutina no siempre es igual, como en los procesos estandarizados, y para enfrentarla hay que tener capacidad de sorpresa, capacidad para extrañarse y maravillarse con la particularidad de cada encuentro; allí, además, del cuidado, hay que respetar lo otro, al otro. En este oficio, el del artesano, como el del maestro y el instructor, siempre hay que estar creando, siempre hay experimentación, curiosidad, y en la creación se produce a sí mismo; los maestros, mientras más experiencia tienen, más inacabada ven su obra; por eso el saber que de allí se deriva no es una teoría válida para ser generalizada.

Ahora bien, para alcanzar la maestría propia de estos oficios, se necesitan mucho tiempo de práctica. No es una habilidad innata justamente por la contingencia propia de las relaciones en que se produce. De manera que al no saber con qué se vaya a enfrentar en cada circunstancia, lo que se debe practicar e interiorizar es la manera como se manejan los problemas; pero más que fórmulas, lo que allí se aprende es a resolver dilemas éticos. Y esto solo se aprende en la práctica.

En el caso de la enseñanza, su valor como saber reside en su capacidad de habilitar las condiciones para que se produzca el aprendizaje. El aprendizaje así entendido no es algo inherente al individuo, no es una cualidad psicológica, sino algo que se da en ciertas circunstancias que requieren de una institución, de una materialidad, y sobre todo de un tiempo calculado, planeado, diseñado para ello. Es en ese tiempo y en ese espacio, con unos procesos pensados y diseñados para la formación, donde se produce el plus que no ofrecen los otros escenarios educativos, que no ofrece la vida misma. Aunque por supuesto en ellos se aprende, no se produce una experiencia sobre sí mismo. Se puede aprender un oficio mecánicamente, o se puede adquirir un hábito sin que uno se dé cuenta, gracias a la repetición o a la fuerza de las circunstancias; pero en ese proceso no se sabe más de sí mismo.

En los espacios donde se dispone un tiempo para aprender, como la escuela, donde, como ya dijimos, se puede errar y seguir, donde se pausan los momentos para corregir, para volver sobre lo no comprendido,

donde se reconoce al otro y, sobre todo, donde cada uno se puede reconocer en los otros, en sus diferencias y sus identidades, allí, hay un saber sobre los que significa hacerse persona. Ese es el concepto que la pedagogía heredó de los griegos, especialmente la pedagogía alemana cuando habló de la Formación (*Bildung*). De nuevo, la mecanización trajo consigo el descuido de sí y de los otros. En el modo de producción actual se está volviendo a atender la preocupación por el cuidado de sí, por la idea artesanal de modelar un objeto como se modela a sí mismo el ser humano. La idea, propia de la tradición de Goethe, Nietzsche, Heidegger y Foucault, de hacer de la propia vida una obra de arte.

A manera de cierre: ¿Cómo se construye el saber pedagógico?

Se ha creído por mucho tiempo que no poder sustentar verbalmente o por escrito lo que se sabe, no poder dar cuenta teóricamente de todo lo que hay implícito en el proceso productivo, especialmente en el artesanal, es una limitación. En parte, el desprecio y la subvaloración de este trabajo proviene de allí. Esto a su vez está acompañado de la sobrevaloración que tiene corrientemente el trabajo intelectual. Esta es una tradición medieval, muy ligada a las prácticas, a los modos de vida aristocrática y nobiliaria, y sobre todo a los modos de gobernar durante las monarquías. No reflejar con el lenguaje lo que se hace con las manos, no necesariamente es señal de incapacidad, o de torpeza, o de inferioridad, como se nos ha hecho creer desde aquellas tradiciones nobiliarias. Se trata de cualidades o habilidades diferentes y no necesariamente una es superior a las otras.

Ya la neurolingüística habla de inteligencias múltiples, y las teorías sobre las competencias nos deberían, por lo menos, ayudar a superar este viejo y odioso prejuicio. Las habilidades con el lenguaje no siempre se corresponden con las habilidades con las manos; ambas son expresión de una inteligencia. En todas ellas, sean artísticas, físicas, quinésicas, emocionales, argumentativas o manuales, hay un saber, y eso es lo que vale la pena reconocer, pero no solo desde la teoría, sino socialmente. Así tal vez algún día dejemos de subvalorar a quienes optan por formarse en los trabajos técnicos y de sobrevalorar a quienes optan por profesiones intelectuales, y así la segregación social quizás sea menos dramática. El mundo de la universidad debe dejar de mirar con desprecio el trabajo manual. En muchas culturas y en muchos otros países tal discriminación no existe, al contrario, es más importante hacer que decir.

Se ha creído, incluso, que el movimiento intelectual que habló de la Ilustración en el siglo XVIII puso al intelecto y a la cultura verbal por sobre

todos los valores. Es cierto que el movimiento cultural que permitió dar mayor salto cualitativo a la productividad de la especie humana, fue la Ilustración, al proclamar como consigna la idea de que los seres humanos podían y debían valerse de su propio entendimiento si querían salir del dogmatismo y las prácticas atávicas que traía.

Estaríamos viviendo, si seguimos a Sennet, una especie de vuelta a la Ilustración. Después del auge, durante por lo menos siglo y medio de la industria mecanizada, hoy se vuelve a valorar esa cualidad que los artesanos tenían y que la ilustración promovió, el de hacer las cosas bien, por el simple hecho de hacerlas bien; y en su defensa y reivindicación hablaron de la admiración que despertaban quienes trabajaban con las manos, contrastando lo que el Cristianismo había instituido, que era la compasión.

Paralelamente, en Alemania Kant estaba diciendo que lo que nos hacía humanos, lo que nos hacía mayores de edad, era el trabajo autónomo; cuando un ser humano no necesita estímulos externos para motivar sus acciones, estaría en capacidad de gobernarse a sí mismo, y entonces sería un ciudadano, esto es un humano en el pleno sentido de la palabra. Así se refiere Sennet a la época de la Ilustración:

Los treinta y cinco volúmenes de la *Enciclopedia*, que aparecieron entre 1751 y 1772, se convirtieron en un bestseller (...) Describían exhaustivamente, en palabras e imágenes, cómo se hacían las cosas prácticas y proponía maneras de mejorarlas. Había una gran diferencia de énfasis entre los *enciclopedistas*, y los escritores alemanes: para los franceses, lo fundamental eran las prácticas cotidianas de trabajo, (...) De este acento provenía el credo de la *Enciclopedia*. Alababa a quienes

se comprometen en hacer bien el trabajo por el simple hecho de hacerlo bien; el artesano se destacaba como emblema de la Ilustración. Pero sobre estos hombres y estas mujeres ejemplares se cernía el espectro de los robots de Vaucanson, sus fantasmas newtonianos. (p. 116)

La Ilustración, como el Renacimiento, volvía sobre la Grecia clásica para recordar que allí se glorificaba el trabajo manual como expresión de los dioses, cuando los hombres lo hacían con maestría. Sennet muestra cómo la premisa de Kant, de comprenderse a sí mismos, esto es, la razón libre, junto a la reivindicación del trabajo manual que hicieron los promotores de la ilustración, como crítica a la aristocracia ociosa, en realidad terminaron siendo una combinación que como lo diría el mismo Kant, transformarían a la humanidad para siempre. La tensión entre la mecanización de los procesos productivos y la creatividad humana, autónoma y singular, aún persiste, pero en estos tiempos llamados posfordistas, parece inclinarse la balanza hacia la creatividad.

Ese saber hacer es diferente al que la ingeniería ha incorporado a las máquinas. Ese es el saber que se ha ido perdiendo, pero que todavía es importante en la producción. Tal vez eso fue lo que entendieron en la Toyota cuando introdujeron en el proceso productivo los círculos de calidad, que no era otra cosa que el tiempo que se le daba a los trabajadores para que compartieran sus experticias, con lo cual las fábricas pudieron hacerse más competitivas, gracias al valor agregado de conocimiento que le incorporaron a los productos, extraído de tales conversaciones. Desde entonces el capitalismo ha aprendido la lección; se ha venido abandonando la mecanización absoluta de los procesos de producción propios

de la industrialización, para darle un lugar importante a la creatividad, al singular aporte de la improvisación, el toque que solo un gesto humano, no mecanizado, puede darle a un producto.

Eso es hoy lo que más vale, ese valor agregado es el que más renta da. Cuando se logra que dicho excedente no quede en pocas manos, la producción es mucho más rentable aun, pues tales beneficios se vuelven colectivos y mejoran a la humanidad. Aunque la artesanía está asociada a la tradición y a la repetición de unas técnicas de generación en generación, en realidad es hoy lo que permite liberar a la industria del agotamiento que produjo la producción en masa y en serie. La necesidad de adecuar la producción a la diversidad de culturas, gustos y estéticas multiplicadas hoy al infinito gracias a la revolución en las tecnologías de la comunicación, ha hecho que se valore más lo singular, aquello que solo puede aportar la creatividad humana, la singularidad que proviene de un gesto propio que hace único un producto, que es lo que ha hecho siempre atractiva a la artesanía.

Lo que hace hoy competitiva y rentable una mercancía, ya no es la racionalidad económica proveniente de la relación entre capital, trabajo y materia prima, sino la cantidad de conocimiento, de innovación, de aprendizaje, que se le incorpora en el proceso al producto. La planificación que controlaba todo el proceso productivo de las mercancías, que se conoció como fordismo y taylorismo, y la mecanización absoluta del mismo, hoy ya no es propicio en las empresas de nuevo tipo. El saber del trabajador, su creatividad, su capacidad reflexiva, crítica y propositiva, es hoy el mayor capital activo de una empresa.

En esta nueva perspectiva se redimensiona la relación con la



Centro de Materiales y Ensayos, Bogotá, Distrito Capital. Foto Eva Juliana Orozco

máquina, y los intentos por modelar los procesos y por mecanizarlos se transforman en experiencias que simplemente ayudan a suplir las falencias del cuerpo humano, incluso de la inteligencia humana. Cuando se usan para suplir esto, y no como un fin en sí mismo, o como un acto de renuncia a la creación humana, entonces la mecanización se vuelve algo que permite innovar, pues incita a transformar, y no solo a imitar, y nos libera de la enajenación que produce la fabricación en serie. Se desfetichizan así la máquina y la tecnología misma.

Sin embargo, el dilema contemporáneo es: ¿quién se apropia hoy de los excedentes gigantescos que la innovación produce? Pero ese es otro problema. Todo esto se constituye en un saber que no siempre es explícito, muchísimos de ellos se pierden cuando un maestro llega al final de su vida, y esto pues aunque lo hereden sus discípulos, no siempre es explícito, no está sistematizado, es, como se ha dicho, un saber práctico. La manera más común y más fácil de explicitarlo es entre pares; en el diálogo entre pares el saber pedagógico fluye, pues lo que les es común, lo que es compartido, todo lo que es casi secreto de ese saber hacer, surge en una conversación en la que los códigos guardados durante mucho tiempo, se reconocen cuando se está frente

a otra persona miembro de la comunidad del oficio. En esas conversaciones, en forma codificada, se conoce la originalidad del otro y así, no solamente se comparte, se perpetúa y se puede sistematizar, sino que se enriquece y se recrea, permitiendo que no se estanque. Promover ese diálogo entre pares es importante para que la autoridad del saber, que da autonomía, no se pierda.

Referencias

- Álvarez, A. (2005). *Los medios de comunicación y la sociedad educadora: ¿ya no es necesaria la escuela?* Bogotá: Magisterio, Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica.
- Álvarez, A. (2013). La mirada empresarial de la educación. A propósito del informe Compartir. *Revista Pedagogía y Saberes*, (39), pp. 140-165.
- Martínez, A. (1984). *Escuela, maestro, y método*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Masschelein, J. y Simonds, M. (2014). *Defensa de la escuela*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Sennet, R. (2013). *El artesano*. Barcelona: Anagrama

Notas

- 1 Doctorado, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Maestría Estudios Políticos, Pontificia Universidad Javeriana. Licenciatura en Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional. Miembro del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica. rizomaalejandro@gmail.com
- 2 Ver Cátedra doctoral 2018, UPN en Youtube.